



UN MAL RARO

por el DOCTOR PINILLA

Carta abierta á un enfermo que se juzga el más sano del mundo.



QUERIDO amigo: Te veo por la calle, pero deberías estar en el lecho. Andas enhiesto, pero mirando al barro; andas sin abrigo pero necesitándolo; con el oído atento pero la mirada errática, conversando más con tu conciencia que con los amigos, sin dejar la acera cortesmente como otras veces, á las señoras y á los viejos. Estás enfermo.

Pero como tienes un natural curioso y averiguón, estoy viendo que como no te diga el nombre de la enfermedad, sus causas, sus síntomas, y hasta su pronóstico y tratamiento no vas á convencerte de la necesidad de cuidarte y por eso te escribo la presente seguro de que es necesario llevar la convicción á tu ánimo.

Después de todo no me extraña. Se trata de una enfermedad nueva, y aunque imitando á Terencio tu puedes decir que ninguna novedad te es agena, hay novedad de novedades y esta es una.

La dolencia se llama..... te lo diré en semi-griego para mayor claridad: *cryopatia cardiaca*. Lo que el vulgo vendría á llamar parecidamente, frío en el alma.

Sus causas nos son bien conocidas á los galenos: excesiva intelectualidad y excesivamente poco amor humano; excesivo trabajo sedentario y excesivamente poco apostolado; cultivo extenso de los ideales y reducida carne doctrinal.

Cuando en la Escritura dijo el Cristo que no sólo de pan vive el hombre, convendrás conmigo en que señalaba con el dedo á los egoístas que se aferran á una egolatría pernicioso, sin dar, ó dando poco al espíritu de los demás y aún á sus cuerpos.

Sólo entregando amor se puede tener derecho al amor del prójimo; sólo sacrificándose por él, se obtiene su sacrificio, ó tanto vale decir

que, hechos y no palabras arrastran al campo de la fe, de otro modo verbal y y mortecina.

¿Podrá concebirse en los seres humanos el anhelo de encontrar la verdad, la sed de la investigación sin que aquella y esta no fuesen aplicables á beneficio de todos? Desde el filósofo de Koemiberg hasta el mas zafio patán, todos los hombres preferimos al bueno antes que al sabio mientras llegamos á convencernos de que el verdadero sabio tiene que ser un hombre bueno.

Del hecho indudable de que en estos tiempos se cotizan á más altos precios, valen más económicamente los sabios que los buenos, ha venido el relativo aumento de los primeros y la escasez de los últimos. Que es lo que me decía un industrial en cierta ocasión:—“No acepto á su recomendado porque no tiene más que honradez y yo necesito uno que sepa su oficio aunque sea un pillo,,.”

Prescindo ahora mi querido amigo de si estas causas que señalo son predisponentes ó determinantes, pero son. Constituyen el plano inclinado por donde se va á la enfermedad que quiero ahora dibujarte en sus síntomas.

No es de comienzo súbito, pero aunque se va laborando despacio hay alguna señal que acaba por poner en guardia al enfermo de que algo muy hondo se perturba en su corazón.

Mientras al calor de la amistad como braserillo económico, se calentó un día dándole el que le faltaba por progresiva disminución del propio, nada se nota. Porque ¿á quién que vale algo cerebralmente, á quién que posee amena conversación, que no es avaro de intelectualidad, le ha faltado un Mecenaz grande ó media docena de los chicos que provean á su agasajo, á la imprevisión ó penuria del soporte material de su espíritu? Daca el poeta materia de sueños para que le demos materia de realidad; convierete la grosera víscera en aliento del músculo lo

que éste para mantenerla se agencia, y el comercio de la vida asciende en sublime metáfora al cielo, creyéndonos servidores de un artífice divino para que su magnanimidad acepte en permuta nuestros loores y plegarias.

Cierto es que algo viene después en la vida que nos impone el dar sin recibir, el dar sin premio, sin engaño, sin malicia..... Pero son mas las otras ocasiones en que se entrega á trueque, á breve plazo y sin moneda intermediaria. Cuando damos amor es amor lo que buscamos; no nos sirve ni otra pena ni otra gloria, ni otro papel moneda de nuestro espíritu que suele ¡arbitrista! inventar tantos.

¿Vas viendo ya los síntomas?

¿Convertimos nuestro pensamiento sólo á la idealidad? Pues otros pensamientos nos pagarán con otras idealidades. ¿Dimos palabras? Palabras nos entregarán y escucharemos. Y á lo mejor, cuanto más alta es nuestra filosofía paramos mientes en que la vida nos es imposible si el vecino levanta una tapia que nos impide ver el ciprés del Parque frontero. Porque hay horas en que buscamos luz, la luz diáfana de la idea, pero hay horas en que necesitamos el cálido aliento del corazón humano, y no hay banquero que nos reduzca la moneda.

Como Santo nada menos mira la Iglesia á quien dió la mitad de lo que tenía. No dió para comprar otra capa, sino la mitad de la suya. De lo nuestro hay que dar en efecto, de nuestro amor, no de nuestra metafísica; carne de nuestra carne, como Shylock la pide de su deudor simbólico.

Pues bien, cuando se nos va todo el calor á la cabeza, el corazón comienza á desfallecer como en los casos de insolación repentina; y del contraste de tan opuestas temperaturas viene la dichosa *cryopatía*, la *cryopatía* fin de siglo.

Nos sentimos entonces solos, mirando sin ver, con musitaciones extrañas, incapaces de sentir odios, porque supondrían un amor, que es lo que no existe, pero apareciéndonos los hombres rodeados de un halo amarillo con que los circunda nuestra ictericia moral. Querría-

mos cantar y nos falta enramada que nos alegre; desearíamos que el cielo tomase la palabra y nos llamara con voz por nadie escuchada, para saber que somos nosotros la verdad y la vida.

Y sin querer, otra vida y otra verdad surgen. Quieren salir á flor de piel los recuerdos de infancia en que amábamos y nos amaban; en que la diabólica espiritualidad no se había entronizado de nuestro sér, pero ni aun así viene la calma, y la *cryopatía* logra al fin su total desenvolvimiento, creando en nuestra alterada imaginación una mascarada científica: los sabios parecen fantoches y sus orgullosas leyes nueces en cántaro que incitan á andar á palos, enterrando hasta las cáscaras y apisonando la tierra á fuerza de piruetas para que no retoñe. Esta danza macabra sobre los restos de la ciencia hecha ceniza constituye el síntoma más grave.....

Porque al fin la ciencia da cierto jugo que nos esponja y calienta aunque no tanto como lo otro, mas cuando secamos el amor por falta de cultivo y donosamente nos burlamos de aquella Dulcinea á quien un tiempo rendimos pleito homenaje, nos quedamos sin ella y sin Aldonza Lorenzo en plena insipidez.

Para que no irrumpa la arterio-esclerosis de a cabeza en seguida, hay que adoptar remedios supremos que sólo un buen chapuzón de fraternal cariño depara, esforzándose para ver en los hombres, no tipos burlescos indignos de consideración, ni manada de imbéciles con mejor ó peor salsa, sino seres semejantes en virtudes, vicios y deficiencias con quienes hay que vivir la vida y subir la áspera pendiente.

Los infelices á quienes un daltonismo especial les hace ver todo de un color, lo son aún menos que estos *cryopatas* que no ven mas que su propio colorido.

Inclínate humildemente debajo de la mano del prójimo, tenlo todo por bueno y manadero de alegría y..... Cristo con todos.

Yo por mi parte creo que aquello que se nos prometió de añadidura debe ser la sapiencia y me afano mas que en buscarla en merecerla.

DE LA FORMA

por LUIS HORTAL

AL comenzar este artículo vacilo por que soy joven, y la verdadera juventud es enemiga de fabricar pildoras, colocarlas ordenadamente en una caja, bautizarla y expenderla como específico.

Siempre he aborrecido la forma falsa, la presentación, por lo que distrae del fondo. ¡Cuántas veces es ladrona de la verdad!

Un traje hecho á la perfección le dá valor á la que viste si no es bella, y si lo és se lo resta.

Luego el vestido solo es conveniente para las defectuosas.

Casi todos los ricos se aficionan al lujo y desatienden la comodidad por que se envidia el lujo y no la comodidad.

A los escritores le sucede tambien algo parecido, ansían y buscan la brillantez de estilo y descuidan el pensamiento, porque se aceptan y gustan más, por lo general, las palabras con sus ritmos para los oídos, que las ideas con sus armonías para el cerebro.

Le tengo animosidad al Diccionario, por que ha puesto las palabras al alcance de los seminucios, y con ellas se suele ganar un prestigio, local y efímero por supuesto, pero que sobra para que triunfen en la vida.

Yo no quisiera tener forma regular, determinada, pues las sustancias inertes obedecen á las leyes de la cristalización.

Poseen algunos, bastantes, facilidad para escribir, y llenan cuartillas como bebe uno vasos de agua, ó de vino si es borracho, y esto en verdad me choca tratándose de jóvenes.

Atribuyo, con buena intención, esa frescura á que conocen las teclas y los rudimentos de la gramática.

La cabeza nueva y vigorosa produce desordenadamente, y en la conversación se nota el fenómeno. No he encontrado todavía un joven que piense y se exprese bien en la charla íntima. Tienen un instinto de repugnancia que no se lo permite.

Claro que el oficio de literato tiene puntos de contacto con el de cocinero: éste compra la carne para aderezarla y el literato busca el pensamiento. El cocinero con las diferentes especias, disfraza el sabor de la carne lo cual gusta, pero no es bueno. Y se debia á lo más pasarla por la parrilla.

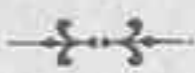
El escritor, si él produce los pensamientos, sensaciones, observaciones las trata con mimo, con cuidados exquisitos, las limpia mucho, mucho pero no las perfuma. Y, por el contrario, el estéril piratea por aquí y por allá y combina palabras, anda á caza de adjetivos y sale con su cometido, con la divina forma.

Si, aborrezco la forma supérflua, los lazos, cintajos y añadidos por que encubren la vaciedad, tapan los defectos á los ojos miopes, y ¡hay tantos que se conforman con la tela!

Desnudez que no hace daño.

FRAGMENTO

por S. y J. ALVAREZ QUINTERO



Para "Gente Joven,,,"

EN Sevilla, mujeres y flores
son lo mismo: doquiera las vemos
siempre juntas, amándose siempre,
cual si fueran un alma y un cuerpo:
la mujer es la flor de la casa,
y la flor la mujer de los huertos.
¿Qué vale la vida sin ellas?
¿Qué vale del hombre el esfuerzo,
si no tiene la luz de unos ojos
que alumbre su paso y alegre sus sueños?
¿Si no tiene unas manos de rosa
que toquen su frente de fuego?
¿Si no tiene una boca encendida
que le diga al oído un secreto?
¿Si en las hojas de un libro no guarda
una flor que le evoque un recuerdo?
¡Dichoso el artista que escribe,



que esculpe, que pinta, soñando al hacerlo
con la madre, la esposa ó la novia
que miren el libro, la estatua ó el lienzo!
Esposas y madres, meced vuestras cunas
al compás de cantares y besos,
que las almas de niño las forma
ese dulce arrullar de su sueño.
Muchachas, bajad á la reja,
que la pava le gusta á San Pedro,
y quien pela la pava en Sevilla
tiene francas las puertas del cielo.
¡Ay, lectoras! ¡qué idea tan grande
tuvo el Padre Eterno,
cuando puesto á hacer cosas sublimes,
después de haber hecho
los mares, las tierras, los mundos,
los soles, los cielos,
hizo á Adán, y al mirarlo aburrido
le dijo en secreto:
—Si te sobran costillas, trae una,
¡que vas á chuparte los dedos!



BUSCANDO EL IDEAL

POR FERNANDO ISCAR



SOBRE las páginas acartonadas del *Año cristiano* la viuda inclina la nevada cabeza que recoge entre sus hebras de plata algunos rayos de la rasante luz.

Las notas cortadas y armoniosas que arrancan del piano la mano de una joven en capullo, llegan diáfanas y sonantes hasta la reducida estancia donde se acoge la familia para esperar las once campanadas broncíneas y roncadas del despierto reloj, centinela de la vida.

Un hombre fornido y recio repasa con entusiasmos de juventud batalladora la epopeya Napoleónica narrada por Thiers, aquel Jenofonte pacífico que recogió en el eclipse de un Imperio todos los rayos de una gloria.

Sorprendí este cuadro en una noche estrellada y plácida del calumniado Marzo y no hubiese querido romper lo agradable de la escena con la inesperada visita tan intempestiva, como todas las inesperadas.

No es de este caso y de ningún otro quizás, el enterar á un público de por qué mi suerte malhadada me llevó á turbar la pacífica digestión de una familia leonesa.

Pero yo sentí al descubrir aquella adorable calma, la misma satisfacción triunfante que pudo tener Newton al ver caer como un mortal embobado á la manzana desprendida de su árbol.

Cuántas veces, paseando por esas calles silenciosas de provincia castellana, acompañado del eco sin eco que dejan las pisadas, limpio de cuidados y sonoliento de hastio, he parado la atención en la luz recortada por un balcón entreabierto, en las notas de un piano que llegan apagadas, tropezando con la atmósfera, en la carcajada cristalina de una garganta joven ó el susurro confuso de voces varoniles.

Esas horas, en que el alma no busca ya la poesía de los viejos caserones, ni escucha el habla muda de los grandes monumentos, los escudos de piedra, las flores, los bicharracos mitológicos y los encajes bordados en granito por hombres diez veces muertos.....

Esas horas en que la quietud y la soledad deleitan, pero en que el hombre busca germen de fantasías, ráfagas de nada que eslabonar en su cerebro para entretener el fósforo con castillos de naipes.....

Yo compadezco á esos pobres cargados de materia que turban el sacrosanto silencio de la noche con blasfemias vomitadas por sus fauces aguardientosas.

Yo no quisiera en esas horas de gozoso aburrimiento sentir mi aliento, ni respirar mi vida, para que el corazón humano se divinizase un poco, rondando amorosamente por el reposo, fecundando alma sobre el estiércol del cuerpo...

No puedo creer que haya sabios consagrados á descubrir misterios.

Para mí la sabiduría mayor consistiría en formarlos para recrearme con ellos y edificar en su cimiento el vaporoso edificio de lo inefable *soñado*.

Si en esas noches la indiscreta casualidad me brindara con enseñarme, lo que ocultan cortinas y maderas, aceptaría acaso su invitación como hombre, pero tendría menos gozo en descubrir que en inventar.....

Soñar, forjarse al antojo mundo y hombres, oír las notas diáfanas del piano y labrar con la inverosimilitud del ideal la figura de la joven, bella y sentimental como Eva antes del pecado; crear su voz como la nota más pura de un teclado que no existe; poner en sus ojos virtud y sentimiento; en su cabeza fe y en su corazón amores y andar solitario en coloquio con el sueño, riendo como ángeles por una tierra convertida en cielo.....

Crear sobre el susurro indescifrable de una voz varonil al hombre sano, con ideales en el cerebro, voluntad y bondades en el corazón, fe en el alma y actividad honrada aún no mancillada por el hombre de la vida.....

Crear..... crear y refregarse con lo creado para embellecer lo que existe y mezclarse, luchar luego con el cieno del mundo, llevando dentro, apegado en el yo, como lava purificadora lo que la envidia, la vanidad, los sentidos en fin manchan diariamente si no está muy infiltrado en las entrañas.....

Crear..... crear, pero yo también había creado el hogar calmoso y bueno de la familia leonesa y al encontrarme en la vida, con lo que existía en la mente, sentí tedio y el frío de la realidad mixtificó cruelmente lo soñado.

¡Si Dios no fuese sacrosanto, lo sería mil veces por amar lo que creó!

UNA GUÍA HISTÓRICO-DESCRIPTIVA

DIVAGACIONES Y RECUERDOS

por JOSÉ SÁNCHEZ ROJAS

EN Alba de Tormes circulará muy pronto un pequeño libro, impreso por el Sr. Nuñez Izquierdo, cuya portada reza *Guía histórico-descriptiva*. Aquel folleto lleva un prólogo mio. Su autor un muchacho modesto, que vislumbra algo, aunque no haya llegado á formulismos y concreciones todavía, tiene la pretensión, harto inocente, de presentar á sus convecinos, unas cuantas páginas, deshilvanadas y sueltas, de la historia de aquella villa. D. Fidel Criado, que así se llama el novel autor, es el poeta más insigne de todos los mozos de café y el mozo de café más insigne de todos los poetas. Y cuenta, lector, que no escribo esto á humo de pajas ni para burlarme del señor Criado, y hazme el honor de suponer también, que no saco el artículo á colación para darme tono y actuar de padrino en este bautizo tan poco sonado, que no tiene importancia más que para los que hemos visto nacer la criatura, en las pasadas Navidades, entre los golpetazos de las fichas del dominó, las discusiones sobre la guerra ruso-japonesa, el agitado vocear de los estudiantes, el ruido de las bolas de billar y el clamoreo de las campanas vecinas que tocaban incesantes.

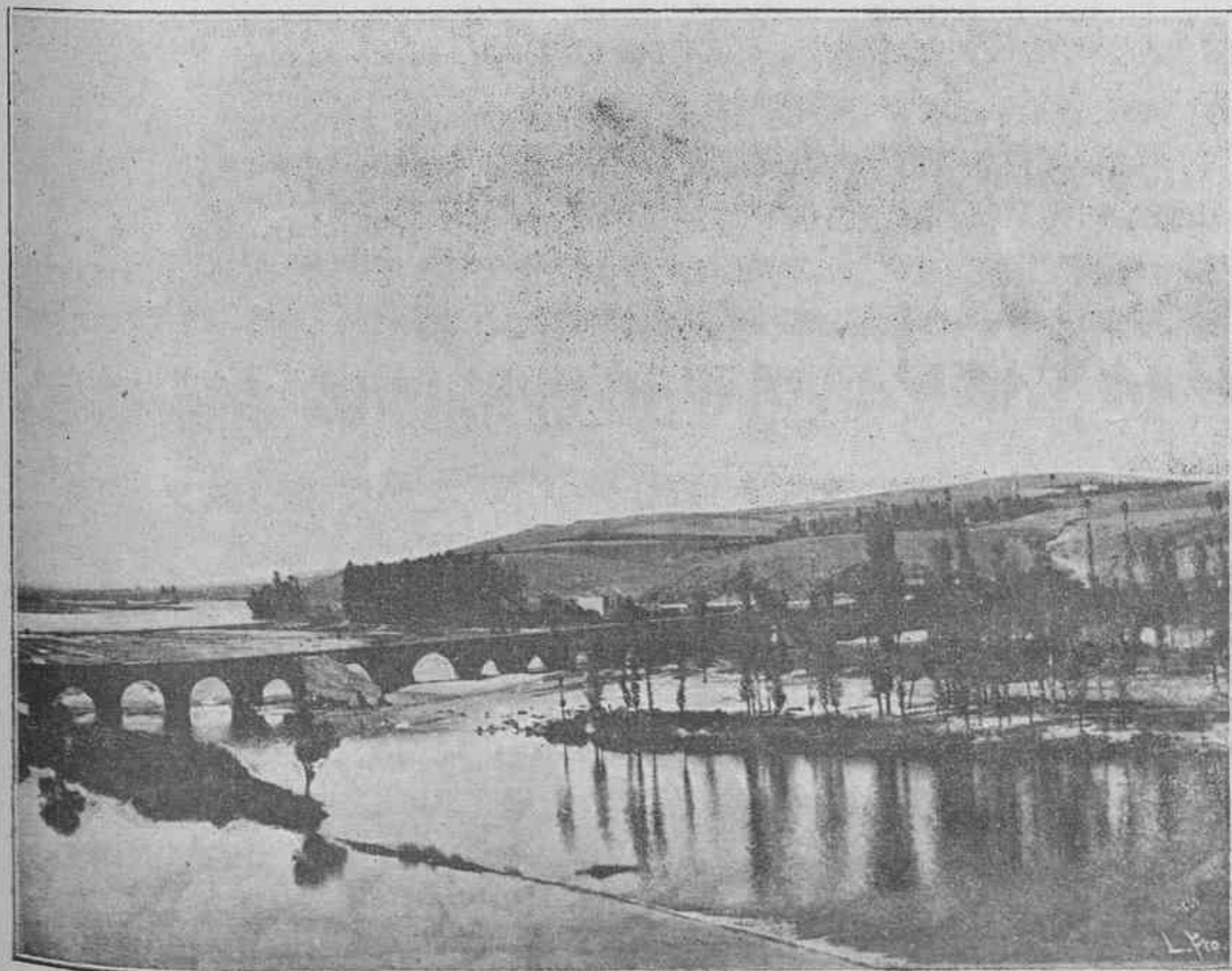
La *Guía histórico-descriptiva*, con sus matemáticas y descoloridas descripciones de ca-

lles, monumentos y pergaminos que duermen eterno sueño en los estantes del concejil archivo, ha traído á mi espíritu, viejos recuerdos, pasadas añoranzas, el alma de aquel poblachón, cuya historia escudriñó, de pasada, el Sr. Araujo y cuyos fueros sacó á relucir el Sr. Sánchez Ruano.

No hay nada más apropiado que una escueta guía, de sitios que se conocen al detalle, para que el espíritu vuele á sus anchas, por donde bien le acomode, ni encuentro nada mejor que unas narraciones de menudencias externas, para forjar, á mi capricho, sin trabas de ningún género, mil ilusiones disparatadas de lo que ha sido mi pueblo (con el cual estoy reñido, dicho sea entre paréntesis) según mis amables paisanos, porque, á las veces me resbalo y caigo, sin cuidarme de las pupas para nada y sin pegarme vendajes en la parte dolorida.

Y ahora me aprovecho del libro del Sr. Criado, para poner en ringla mis ideas, un poco desordenadas, sobre la villa donde murió Teresa de Jesús. No encuentro mejor ocasión para el caso. Y confieso, sin rebozos, que en mi pecho late, como en el de un pedagogo cualquiera, el santo amor á la patria chica, aunque sea muy chica, y que yo quiero á mi pueblo, con todas las veras de mi corazón.

Mi pueblo es un montón de casitas de tonos claros, á cuyas plantas murmura el Tormes, lentamente, la canción de la quietud. Festoneanle, á lo largo de su carrera, una fila de chopos estirados que de noche, se me antojan gigantes que aguantan, á pié firme, las crudezas del invierno, para calentar, con sus corpachones, el tranquilo pueblo de seculares ruinas. En lo alto, una torre desvencijada, que fué de homenaje, deja al descubierto, sus grietas y remiendos. La sombra de los grandes conventos se proyecta en las calles oscuras. Y muchas veces, en mis paseos nocturnos, he visto que las negruras protejen juveniles amores de mozalbetes, que tiemblan de dicha á las rejas, donde aprendieron á ser felices sus abuelos.



Alba de Tormes.—Los "Pinos,"

Y por las mañanas, cuando se va esfumando la eterna neblina, que nos regala el Tormes, á las siete, á las ocho, suenan limpias, como voces infantiles, las campanas de las monjas, sonoras y graves las de los frailes; más reposadas y solemnes aún voltean las campanas de las parroquias. Los fieles madrugan á cumplir con sus devotos quehaceres. Las muchachas, pasan ligeras y rápidas las calles, con sus toquillas negras. Acude, presuroso, á presencia del Señor, el cristiano padre de familia. Y aquellos tañidos y estas pisadas son mi dulce despertar todos los días.

Llevo, grabadas en mi espíritu, todas las fiestas de mi pueblo; la ausencia me las hace aún más gratas y sugestivas. Aquellas romerías á Otero, desde cuya ermita he sentido eso que llaman la alegría del paisaje; aquellas dianas del mes de Octubre, que me hacían brincar en la cama, de chiquillo; aquellas canciones á la

Virgen que entonan plañideramente las beatas un día sí y otro también; aquel viejo Cristo, que fué de los Jerónimos, de ojos que miran dulcemente al pecador; aquellas ruinas del convento de San Francisco, donde anida el misterio..... todas estas cosas son viejas películas que llevo dentro de mí mismo, que miro y torno á mirar, cada vez que me encuentro fuera de los míos.

Agradezco al Sr. Criado la publicación de su *Guía*. Me ha proporcionado un rato delicioso con ella. Leyéndola esta noche, pasando unas cosas y deteniéndome en otras, ha surgido ante mí, la visión de mi pueblo, alegre y soñadora visión de los viejos campanarios, del lecho de pizarra en que se aduerme la tranquila villa, de su inútil é histórico castillo ducal, de sus calles estrechas, del murmullo de su río y de las muchachas, que caminan presurosas, á la iglesia todos los días.



CELOS

por LUIS ROMANO

Que naide me diga que es vida
la vida que llevo
con estos pensares tan tristes,
tan malos, tan perros,
que me acosan y pican y escuecen,
como abujas clavás en el pecho.

Que naide me diga que es vida
al pensar que me seca los sesos,
que el pensar que me ahila y me hiere
me paice un infierno.

Que naide me diga palabra
de la pena maldita que tengo,
que la sangre á la cara me suve,
que siento vergüenza de tanto consejo,
y á la vez una rabia mú grande
y unos grandes terribles deseos
de tumbar al primero que encuentre
y pasée su mirar por mi cuerpo.

¡Y esto que me pasa
no tié ya remedio!
Los malos pensares
se han metío drento

y asín la mirase poniendo unas flores

delante del Cristo del altar de en medio,
pensaría que asín me engañaba
pus me comerían por drento los celos.

A solas me digo que es güena,
que es mujer entavía que yo la merezco,
mas en cuantís viene cualisquiera y dice
que á la puerta la han visto cosiendo,
me paice que es sólo
pa que la contemplen los demás del pueblo,
y me dan los sofocos de muerte
y un rato me queo,
sin poder respirar á mi gusto,
tal como respiran los dañaos del pecho...

Cuando eso sucede,
olvidarla pa siempre prometo
porque no hace falta,
pa poder venderlo,
que se mire y palpe
lo que es paño güeno.
Pero aluego digo:
si es güeno, si es recio,
¿á mí qué me importan que lo miren otros
si aun cuantís lo toquen, ha de ser el mesmo?...

Y asín la desculpo

y al cariño güelvo;
pero con vergüenza,
con encogimiento,
quizás por mis dudas,
tal vez porque temo
que sean fundados
los malditos celos
que me quean á ratos sin vida,
¡tal como se quean los dañaos del pecho!...

Mas, en cuantís la hablo,
la alegría retózame drento,
me gusta el mirar de sus ojos
y me gusta el olor de su cuerpo
y me güele á las rosas de Mayo
que tién en el su huerto,
y me paice que es mía y se ofrece
como el plao que roturo de nuevo,
que se muestra y ofrece en los surcos
apenas abiertos...
Y entonces es mía;
y entonces la quiero,
y me paice el querer mú sagrado
mú santo y mú güeno;
pero asín que me queo yo solo
me roen los celos...
¡triste mal que despacio me mata
y pa el cual de seguro no hay méico!...



CASTA DE JÓVENES

por MARCELINO MARTÍN GONZÁLEZ

LA juventud es rica en castas. De la de los cansinos á la de los rebeldes, la serie no se rompe. Joven hay que entra en la vida con bandera unicolor y alma cerrada, pero hay joven también que tiene abierto el espíritu á todos los ambientes y prueba el jugo de todo pensar.

En la juventud se hace el alma, y es tender la barreras, quebrar fuente de potencias sanas:

esas cinchas y cortapisas por los viejos son puestas.

Soy partidario de que la juventud á la juventud guie, y de que todos esos señores que poseen en gran masa experiencia de la vida, se la guarden en sus adentros, y no vengán á intoxicarnos con sus consejos y sus retratos de cosas muertas.

Hechura suya es, sin duda alguna, la rara

casta juvenil de los paralíticos, la de los jóvenes que viven en reposo. Son estos pobres gentes, con el alma injerta de espíritus añosos, que en viejo piensan y en viejo obran. Traen á la vida ideas agotadas que perdieron en el ayer el jugo, y que, claro es, comienzan á pudrirse en un ambiente para ellas corto.

Los ejemplares de la casta abundan: son en su mayoría aspirantes á serios profesores de gorro poliedral, al reuma y á la gota, y creen con firme fe, que sin respeto jamás se podrá saber que tres y dos son cinco, y que es el silogismo la forma sustancial de toda dosis científica.

Con quietud se sedimentan las ideas, y ellos que quietos están, sedimentadas las tienen, y por orden de densidad como natural es.

No sé de dónde vienen; sólo sé que traen timidez á los ambientes anchos de sana luz, y que entran á la vida con la cara vuelta á las almas retorcidas, secas y nudosas de los que se marchan.

Viven tres y cuatro ejemplares de la casta juntos. Andan serios reposadamente; no se rien nunca. Hablan á lo mejor, de si el talle de tal ó cual mujer, tiene más de hiperboláide de una hoja que de paraboláide hiperbólico. En su mayoría son independientes; viven por la ciencia y para la ciencia, llevan cinchado el pensar con dogmas y saben firmemente que fué creada Eva de una costilla del hombre.

Esta es la casta ideal de los señores viejos; en ellos ven un fiel retrato de su vivir presente y á ellos se agarran para pensar, sin duda, que su juventud ha muerto.

Yo los he visto en una de esas tardes otoñales de cielo abierto, rodeando á algún señor gotoso de ancho abdomen, que les adoba el espíritu con sus consejos: dejan que caiga sobre su

alma la pocha hojarasca del viejo señor y luego seriamente discuten sobre si fué ó no fué Heródoto el mejor historiador griego y sobre si es contra moral mirar, aunque sea de reojo, las caderas anchas de alguna mujer sana.

Padecen todos de timidez congénita. Tiemblan cuando de remover el presente se les habla, y es cosa de mirar su titubeo, si se les pide parecer sobre una idea de la que no conocen la credencial.

Alguno que otro tiene abonado el espíritu; pero como son los hombres de alma quieta, dejarán que las ideas formen costra, no encontrarán reja con que removerla y se quedarán en incultos.

Su grave mal no está en el presente, sino en el venir, sin duda. Pasearán por la vida su pobre alma seca y enferma, no sentirán los más el gozar sereno en esos ratos pasados al calor de la amada; le beberán el jugo del vivir las secas verdades de la ciencia que engullen, y allá, á la larga, se unirán á la hembra, porque ya el tiempo de que le cuiden llega.

Como todos ellos están polarizados, vivirán una vida igual, preñada de monotonía melancólica, sin rasgos fuertes de impresiones robustas. Llevarán muerta en el alma la conciencia del poder, y claro es, mascarán y rumiarán las ideas que los otros elaboren, como mascan y rumian las secas hierbas, los bobinos pacientes.

Paz será su emblema, paz y paz de espíritu, que en ella la evolución se detiene, y las hondas corrientes del pensar se paran.

Hay que pinchar á estas gentes enfermas en plena juventud, hay que labrarles el espíritu con honda labor de subsuelo, para que se les airee el intelecto, con sanas corrientes de vida nueva.

EN LA SOLANA

por JULIO GUTIÉRREZ

ERA un hermoso día de Marzo, el sol distribuía con justicia sus rayos de luz y fuego por igual, entre todos los mortales..... Unicamente un venticillo Norte conseguía disminuir un tanto la intensidad de su calor: pero esto, no era obstáculo, el varal de quitar las telarañas y de colgar las morcillas, incrustado en la pared, y la mancha de costales viejos, perfectamente colocada sobre él, conseguiría librar á la tertulia del molesto venticillo.

Serían próximamente las dos, á juzgar por lo avanzado de la sombra proyectada por el canalón de la casa retoral; precisamente la hora en que solía venir la tía Narcisa y la seña Mena, abonadas á la tertulia de la solana, en los días claros. En efecto, apenas había terminado de disponer la tía Juliana su andamio y ya asomaban el morro por la esquina de enfrente sus dos camaradas, con la rueca de hilar, la una, con la cesta de la media la otra.

Sentábanse las tres, comenzando enseguida

su charla, generalmente inaugurada por la señá Mena que era una parlanchina de tóos los demonios.

La señora Mena (comenzando la conversación).—Chachas, sabéis que me da un regaño con la Teresa; la muy cochinota, ¿pus no dejó ir al su hombre con la anguarina vieja al ofretorio de las Calendas? y luego sabiendo lo mal que le parece al señor cura. Te digo Juliana, que no tiene vergüenza. Si siempre lo he dicho, esa Jesusa pa tóo es igual, entras en su casa y tóo está regüelto y patas arriba y no hay que decir náa de la limpieza, entavía no ha crompao una triste escoba.

Se parece á mí la muy endemoniá, ya iba á consentir yo, que mi Ambrosio fuera tan estartalao á una solemnidad como esa.

Narcisa.—Eso va en genios, Mena: ya vés yo, cojo cerca de cuarenta fanegas menos que la tía Petra, y á ver si ella es capaz de tenerle al su muchacho una blusa con agremanes dorados, como yo le tengo al mi Pepe, pá la fiesta guardao. Pero ya se sabe cuanto más tienen más quieren.

La señá Mena.—¿A ver que es eso que estás haciendo? preguntaba interrumpiendo á la Narcisa su comentario, y arrebatando al hacerlo de las manos de la Juliana su labor.

La tía Juliana.—Pos estoy haciendo un pespunteo á esa sábana, hay que dir preparándole el ajuar á la moza, porque el día menos pensao se enamorisca, y vamos, yo no tengo tanta paciencia como la del Conejito, que llegó la hora de casarse y si no es por su primita Rosa, que es muy habilidosa, se encuentra el día de la boda sin un triste colchón.

Tía Narcisa.—Tiés razón: y por cierto que me han dicho, que se embae con.....

Tía Juliana.—Calla: ¿es de veras? Pus no sabía náa.

Narcisa.—No te extrañe, que por lo visto se arreglaron en el baile del domingo y entavía no lo sabe nadie, á mí me lo dijo la jorobáa, que cómo se entera enseguida de tóo.....

La señá Mena.—Claro, como es tan fea y no hay naide que se acuerde de ella, se dedica á llevar y traer por distraición.

Juliana.—Pero mira que eres mal habláa, Mena.

Mena.—¡Diablo! si es la verdad, la mesmísima verdad: tú crees que yo seo como vusutras, hipocritonas, que siempre andáis con tapujos.

Juliana.—Mujer. ¿Pero qué culpa tiene ella, la probe, si lo hizo Dios así? No te acuerdas de que dijo el señor cura en el sermón del domingo, que no se debe mermurar, que Dios castiga.

¿Pero, diantre, te se ha olvidao ya aquel ejemplo tan bonito que mos puso?

Mena.—Pus otro podía hablar, pero el cura, más valía que callara.....

Juliana.—Pero, mujer, fijate que es pecao, muy gordo hablar de la misma persona del cura.

Mena.—De eso se valen ellos.

Juliana.—Calla, calla, lenguaron; dime, Narcisa, ¿parió ya la vaca jarda?

Narcisa.—Sí, parió una churrita muy gorda, ya hace lo menos ocho díos.

Juliana.—No lo sabía, como ha hecho un tiempo tan malo y no te había visto hasta hoy... Me alegro, mujer, me alegro, salú para verla criáa.

Un gallo.—Qui..... qui..... riqui.....

Señá Mena.—Mia que está hermoso ese gallo. ¿Cuándo lo vas á matar, Juliana?

Juliana.—No sé. Entavía no, porque me hace mu buenos servicios. Tengo una gallina, que como no se ponga clueca, me va á traer, si Dios me conserva el gallo, unos pollitos más hermosos.....

La tía Narcisa.—Sabéis que sopla el aire.

La señá Mena.—Sí, viene ya bastante frío. Asperaremos á que salgan los muchachos de la escuela, pá dir á darle la merienda.

Juliana.—Voy á entrar á por la cesta de las patatas, pá dirlas mondando en lo que vienen esos condenaos.

Narcisa (admirándose).—¡Demonios! ya salen. ¡Diablo! de maestros, siempre los sueltan antes: son más lagumanes, después de cobrar su dinero, no hacen más que darse pisto y rascarse la barriga.

Juliana.—Tiés razón.

Los muchachos gritando.—¡Madre! quiero pan y cebolla. ¡Agüela! dame pan y tocino.

Narcisa y señá Mena.—Vamos á despachar. Hasta mañana, Juliana. Adiós, Narcisa. Adiós, señá Mena.

Y aquí terminaba la tertulia de las buenas aldeanas, retirándose inmediatamente á sus casas á despachar á los muchachos, los que una vez atiborrados de pan con cebolla ó tocino, se lanzaban de nuevo á la calle, el uno á esperar la *peara*, el otro á ver la vaca recién paría, y al más pequeño á pasar sin caerse, los pontones del regato.

El próximo número artículo de

Manuel Linares Astray

escrito para "GENTE JOVEN."